

ÁNGEL MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS Y
SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA

Una lectura de la crisis desde una perspectiva estructural

El sistema capitalista actual ha agotado las capacidades que históricamente ha desplegado, como consecuencia de sus contradicciones y de los serios límites ecológicos a los que se enfrenta. Hay en la crisis rasgos clásicos del funcionamiento del capitalismo, si bien se han dado algunos elementos más novedosos: el creciente dominio del neoliberalismo, la profundización de la mundialización y el giro hacia unas finanzas desbocadas y carentes de mecanismos de control. El objetivo básico e irrenunciable debe consistir en poner el subsistema financiero al servicio de la buena reproducción del sistema económico y colocar a este, a su vez, bajo la dirección y el control de una sociedad democráticamente constituida.

Por sus dimensiones inéditas, esta crisis supone una profunda cesura, el fin de un período marcado por la vigencia de un capitalismo neoliberal o, incluso más allá, por la del propio sistema económico capitalista. Está por ver. Las crisis, además de ser un fenómeno normal y recurrente en el capitalismo, suelen conllevar su profunda reestructuración. En cierto modo suponen un intento de racionalizar lo que resulta irracional por un funcionamiento inadecuado. Ni siquiera desde la perspectiva estrecha de los intereses de los grupos económicos dominantes la dinámica de los últimos tiempos ha resultado satisfactoria. Década tras década, desde los años setenta, el crecimiento del producto bruto mundial, tal y como se mide convencionalmente, ha ido evolucionando de manera declinante. El capitalismo evoluciona renqueante, sin que este hecho impida, más bien todo lo contrario, que el deterioro ecológico y social del planeta sea cada vez más profundo. Para algunos autores estas circunstancias son muestra de la senilidad del capitalismo contemporáneo,¹ un

Ángel Martínez González-Tablas es catedrático de Economía Aplicada en la UCM y presidente del Consejo Asesor del CIP-Ecosocial

Santiago Álvarez Cantalapedra es director del CIP-Ecosocial

¹ La autoría de la expresión “capitalismo senil” corresponde a Roger Dangeville, *Marx-Engels. La crisis*, 10/18, Union Générale d'Éditions, París, 1978, y ha sido retomada para caracterizar el capitalismo contemporáneo por autores como Samir Amin, *Más allá del capitalismo senil*, El Viejo Topo, Barcelona, 2005 y Jorge Beinstein, *Capitalismo senil*, Ediciones Record, Rio de Janeiro, 2001. De este mismo autor

sistema social en el que las capacidades que históricamente ha desplegado se han agotado en la actualidad como consecuencia de sus contradicciones y de los serios límites ecológicos a los que se enfrenta, en cuyo supuesto lo que estaría en cuestión es el propio sistema, con independencia de que su obsolescencia conlleve un tiempo y un decurso indeterminados antes de llegar a consumarse.

La ofensiva neoliberal ha provocado además un creciente desajuste entre el gasto y el ingreso de los trabajadores que ha conducido a un creciente endeudamiento privado

Telón de fondo y dimensiones múltiples de la crisis

La situación actual se puede contemplar en el marco de un largo ciclo, que se prolonga durante casi cuatro décadas, marcado por la inestabilidad y por un comportamiento económico que, medido en términos convencionales de PIB, se sitúa por debajo del potencial. Es cierto que en este dilatado periodo se han dado episodios de intensa actividad, pero las etapas de recuperación se han revelado siempre poco consistentes y de duración limitada. Esta debilidad en el dinamismo económico del capitalismo a largo plazo se explica fundamentalmente por las dificultades y los crecientes desequilibrios que se experimentan en el plano de la economía real.²

Hay en la crisis rasgos clásicos del funcionamiento del capitalismo: sobrecapacidad, debilidad de la demanda, erosión de la tasa de ganancia agregada y problemas de absorción del excedente capitalista, en un contexto en el que, erosionado irreversiblemente el fordismo, el sistema económico navega sin el anclaje que le proporcionaría un sólido modelo de desarrollo.

La conexión entre esos rasgos y el colapso financiero requerirá tomar en consideración otros elementos más novedosos, en concreto, el creciente dominio del neoliberalismo, la

argentino puede consultarse también el artículo "La crisis en la era senil del capitalismo. Esperando inútilmente al quinto Kondratieff", publicado recientemente en un monográfico dedicado a la crisis por la revista *El Viejo Topo*, n° 253, enero de 2009. A. Martínez González-Tablas recurre también a esta expresión en el artículo "El modelo emergente en el capitalismo senil", publicado en el n° 100 de esta misma revista.

² No queda al margen EEUU convertido en ocasiones en epicentro de la crisis. Puede consultarse al respecto: G. Duménil y D. Lévy, "El imperialismo en la era neoliberal", *Revista de Economía Crítica*, n° 3, enero de 2005 y "Salida de crisis y nuevo capitalismo" (descargable en <http://www.jourdan.ens.fr/~levy/biblio.htm>). También de los mismos autores, su libro: *Crise et sortie de crise. Ordres et désordres néolibéraux*, Presses Universitaires de France, París, 2000 (hay traducción española en el FCE, 2008). Los problemas fundamentales a los que se refieren los autores son, para el caso de EEUU, el deterioro de la inversión productiva interna y la necesidad, por las dificultades de sostener la producción con la inversión, de un fuerte crecimiento del consumo sobre la base de la expansión del crédito. Ello trae como consecuencia los siguientes desequilibrios: un aumento del déficit del comercio exterior, un fuerte incremento del endeudamiento interno y una creciente necesidad de financiación por parte del resto del mundo.

profundización de la mundialización y el giro –forzado en gran medida por todo lo anterior– hacia unas finanzas desbocadas y carentes de mecanismos control.

El ascenso del neoliberalismo llevó a la aplicación de unas políticas neoliberales orientadas inicialmente a debilitar a un movimiento obrero hasta entonces bien organizado y relativamente fuerte en el núcleo de los países del centro del capitalismo. La correlación entre capital y trabajo se fue escorando de forma progresiva a favor del primero y, de su mano, también se debilitó la posición relativa de los sectores populares respecto a los segmentos más acomodados de la población, con el consiguiente reflejo en la distribución de la renta, con un imparable incremento de la desigualdad.³ La concentración de la riqueza en pocas manos no ha conducido, como se nos decía, a que sus propietarios la utilicen de manera productiva dadas las dificultades para encontrar en ese ámbito oportunidades rentables de inversión; en estas circunstancias, los que se enriquecieron a resultas de la desigual distribución del ingreso y de la riqueza decidieron quedarse en simples ricos, abandonando su condición de capitalistas.

Asimismo, a fin de restaurar la rentabilidad, se impusieron en todas las latitudes políticas de desregulación, regresividad fiscal y cuestionamiento del gasto social, con el consecuente debilitamiento de la economía, esta vez por el lado de la demanda agregada.

Pero la ofensiva neoliberal ha provocado además un creciente desajuste entre el gasto y el ingreso de los trabajadores que ha conducido a un creciente endeudamiento privado. La economía del crédito es lo que ha permitido a la mayoría de las familias en occidente (con sus ingresos reales congelados o ralentizados) mantenerse en la senda del hiperconsumo. Sin embargo, las tarjetas de crédito y, particularmente, la expansión del préstamo inmobiliario, al descansar sobre la apuesta de una revalorización continua de la vivienda, han traído también el riesgo de que la hipoteca de esas mismas familias pueda pasar a ser considerada tóxica en el momento en que cambie el sentido de la evolución del precio de su casa;⁴ conscientes o no, se encontraron participando en el juego de las finanzas.

³ Paul Krugman ha señalado que la gran disparidad de ingresos que se ha registrado desde la década de 1970 en EEUU asemeja la situación actual a la desigualdad abismal que se vivía en la sociedad norteamericana a comienzos del siglo pasado. Una explicación sencilla de cómo además ha cambiado la forma de distribución de la renta y la riqueza en los últimos años se puede encontrar en el capítulo “La gran divergencia” de su libro *Después de Bush. El fin de los “neocons” y la hora de los demócratas*, Crítica, Barcelona, 2008. No obstante, el debate general sobre la evolución de la desigualdad ofrece matices que deben ser considerados; puede consultarse al respecto el libro de Branco Milanovic, *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*, Sistema, Madrid, 2006.

⁴ Para las familias el principal riesgo es el desahucio que, en el caso español, puede originar la situación de quien se queda sin casa pero con parte de la deuda. En los mercados financieros los riesgos van asociados a que muchas de esas hipotecas entran a formar parte de activos financieros comercializados por el ancho mundo a través del conocido proceso de *titulización*. Al final, cuando se desploman los mercados, nadie sabe lo que tiene en su cartera de activos, ni lo que vale lo que hay en su interior.

Ante el debilitamiento de la economía a largo plazo (dificultades para garantizar una acumulación continuada del capital y absorber los excedentes de una manera productiva y rentable), se buscaron diversas vías por las que transitar. Esas vías de inspiración neoliberal se sustentaron en impulsos hacia una *mundialización* en todos los momentos de la actividad económica. Ahora bien, el éxito inicial en el recorrido de estas sendas terminó por traer parte de las dificultades posteriores. En concreto, la globalización en el orden de la producción propició la incorporación de nuevos poderes industriales en el mercado mundial (países del noreste y sureste asiático y, finalmente, China como la gran “fábrica mundial”), generando una tendencia a la sobrecapacidad en las industrias manufactureras mundiales. El exceso de oferta con relación a la demanda en muchas de esas ramas y secuencias industriales en las que empiezan a participar los nuevos países industrializados (produciendo, además, en condiciones más baratas), ha implicado unos precios más bajos y, por lo mismo, una contracción en el margen de los beneficios. Los problemas, por tanto, no se sortearon, sino que se agudizaron, sumándose a ello la dificultad de encontrar ámbitos donde colocar de manera rentable los excedentes.

Esa búsqueda de colocación rentable de los excedentes propició un cambio en la correlación de fuerzas entre distintas fracciones del capital social y llevó al nuevo juego de las finanzas, que asociamos con la *financiarización* y que analizaremos más en detalle al tratar las causas desencadenantes de la crisis.

En suma, aunque el pinchazo de la burbuja financiera/inmobiliaria ha actuado como espoleta, la crisis actual tiene un carácter que va más allá del plano meramente financiero. Tanto en las causas raíces, como, sobre todo, en las dimensiones que quedan afectadas, la situación actual no debe comprenderse como una sucesión de problemas ubicados únicamente en la esfera de las finanzas. Tal vez sería más oportuno contemplarla como una *crisis global*, probablemente la primera que en sentido estricto sea merecedora de ese nombre.

Presenta un carácter global porque, aunque tiene lugar en el corazón del sistema, en el núcleo de países centrales del capitalismo, se extiende con rapidez por *todo el planeta* en virtud de los procesos de la globalización. Global también porque se puede afirmar que, en realidad, estamos ante la presencia de una *combinación de crisis (económica, social y ecológica)* profundamente interrelacionadas, aunque de naturaleza y con tempos diferentes.

Esta convergencia de diferentes planos convierte cualquier diagnóstico de la(s) crisis en una cuestión muy disputada, y más cuando de los análisis se dejan entrever las diferentes medidas que se deben tomar. De entrada, la necesidad de contemplar una salida que aborde simultáneamente las distintas expresiones de una crisis sistémica descarta, por ejemplo, muchas de las opciones presentes en el viejo repertorio de políticas convencionales aún hoy vigentes.

Causas específicas desencadenantes de la crisis

Los problemas financieros aparecen como el desencadenante y la manifestación más evidente de una crisis estructural del sistema. Esos problemas surgen, como se señalará a continuación, de la interacción entre la desmesura de las finanzas y una globalización desregulada, ambas inspiradas por los planteamientos neoliberales. Esa combinación ha resultado perversa en la medida en que ha provocado una progresiva degradación de las funciones que la economía solicita y necesita de las finanzas para poder funcionar satisfactoriamente, contribuyendo además a amplificar el contagio de los riesgos financieros y a profundizar en el deterioro ecológico y social.

De ahí que se puedan identificar diferentes factores como causas subyacentes de la crisis global. Unos factores que, contemplados desde una perspectiva histórico-estructural, van a permitir entenderla no sólo como más profunda y extendida que otras anteriores, sino también como cualitativamente distinta. Nos hemos referido, en primer lugar, a ciertos elementos no del todo novedosos que sirven para caracterizarla como una crisis clásica del capitalismo en un contexto de mundialización, esto es, vinculada a la lógica y a la naturaleza contradictoria de un sistema económico que se ha desarrollado desde tiempos recientes en un plano específicamente mundial. Señalaremos, ahora, otros componentes de nuevo tipo –como la *financiarización*, vinculada, a su vez, a un modelo de gobierno de la economía basado en el capitalismo autorregulado– que han permitido que el capital financiero domine la trayectoria general de la actividad, imponiendo su propia lógica y convirtiendo a los mercados de valores en las instituciones clave en el reparto de la renta y la riqueza. Todo ello en un contexto de agravamiento de la crisis ecológica del planeta.

Déficit y sesgo regulador

Durante las últimas décadas el sistema económico capitalista ha logrado imponer sin apenas contrapesos su lógica a la sociedad, tanto en el interior de los Estados y las áreas económicas (con una manifiesta erosión de la regulación consciente pública), como en el espacio mundial (en el que la arquitectura financiera acumula falta de orientación y falta de recursos).

Todos los hechos se han visto favorecidos por un marco regulador y unas políticas económicas neoliberales.⁵ Hemos asistido a lo largo de los últimos treinta años a una profunda liberalización de los movimientos de capital, a una privatización de la banca pública, a un tratamiento fiscal ventajoso en las célebres *stock options*, a la supresión de la previa auto-

⁵ Subyace en el enfoque neoliberal una visión que prima la mercancía sobre el producto, el mercado sobre el Estado, lo privado sobre lo público, el individuo sobre la sociedad.

rización a los actores financieros para el lanzamiento de productos financieros, a disminuciones en el coeficiente de caja, a un cuestionamiento del aseguramiento público a favor de los fondos de capitalización privada, a la laxitud y abandono de los mecanismos de control y supervisión de las finanzas, a una liberalización del suelo, del sector energético, etc. Al mismo tiempo, las autoridades monetarias han adoptado una política de tipos de interés bajos facilitando el préstamo e incentivando la inversión en activos financieros.

Frente a la confluencia de la crisis económica, social y ecológica en una sola de carácter global y sistémico, existe un inquietante desfase regulador para poder afrontar los desafíos de la cohesión social y de la sostenibilidad a escala planetaria

Hoy estas políticas se empiezan a cuestionar y surgen con fuerza los debates acerca de qué tipo de regulación permitirá funcionar de manera más adecuada a las economías. Porque no es que haya faltado regulación en los diferentes países. El debate a favor o en contra de la regulación encubre este equívoco. El capitalismo no puede existir sin un marco de regulaciones básicas, por lo que, en realidad, de lo que cabe hablar es de la articulación e importancia que se concede a sus distintas variantes (mercantil, pública, privada o difusa), y no de su existencia o ausencia. En las últimas décadas, la “regulación mercantil” –que permite el funcionamiento y la expansión de los mercados por todos los ámbitos de la vida social– y la “regulación consciente de naturaleza privada” –que determina el comportamiento de las organizaciones y de las empresas en particular– son las que han prevalecido frente a la “regulación consciente pública” y la “difusa” que se construyen en torno al Estado, los movimientos sociales, la opinión pública y la sociedad civil. La mercantil y la empresarial tienen una lógica inequívoca en torno a la defensa de los intereses parciales de carácter privado. La regulación pública y la regulación difusa suelen perseguir una gama más amplia de objetivos, lo que, sin embargo, no impide que actúen muchas veces al servicio o en connivencia con los poderes privados. De ahí que el debate se deba centrar en el cuestionamiento de esos marcos que favorecen y permiten que en las decisiones de las empresas y de los consumidores sólo se contemplen los costes y beneficios privados desentendiéndose los impactos sociales y ambientales que generan y que recaen sobre el conjunto de la sociedad.

Por otro lado, frente a la confluencia de la crisis económica, social y ecológica en una sola de carácter global y sistémico, no se puede dejar de constatar que existe un inquietante desfase regulador para poder afrontar los desafíos de la cohesión social y de la sostenibilidad a escala planetaria. Por ejemplo, no existen instituciones en el plano mundial que permitan la buena reproducción del sistema económico en ese ámbito. No hay un marco que

permita abordar la contradicción entre la dinámica inherentemente expansiva del capitalismo y los límites ecológicos del planeta, como tampoco existen mecanismos de redistribución y de control social para que la absorción del excedente se oriente a satisfacer las necesidades humanas y no los privilegios de una minoría. En consecuencia, nos encontramos con el predominio de una regulación inadecuada e insuficiente para evitar que la propia economía capitalista socave las condiciones para su reproducción, la trasgresión de umbrales naturales y la acumulación de contradicciones sociales.

Irrumpe la financiarización

No es nuevo que ante la existencia de límites a las posibilidades de una inversión suficientemente rentable en el ámbito comercial y productivo, una masa de capitales busque deseosa colocarse en los circuitos crediticios y especulativos. Con la expresión financiarización no se apunta solamente a eso. Más bien lo que se señala es que, alcanzado un cierto grado, se produce una ruptura del papel que desempeñan las finanzas y aparecen rasgos cualitativamente nuevos. La financiarización puede entenderse como un predominio de las finanzas dentro de la actividad económica general, una situación que se deriva de la confluencia de cambios que inducen un aumento en la cuantía, complejidad, centralidad y autonomía del plano financiero.

En primer lugar, conlleva la *afirmación y predominio de una fracción de clase*, formalmente capitalista, que se sitúa en la frontera entre el capital dinero y el capital ficticio, en detrimento del capital productivo.

En segundo lugar, desarrolla *procesos colaterales* –respecto a la lógica básica del sistema económico capitalista– *de creación, apropiación y utilización de la riqueza*. La financiarización favorece un deslizamiento de la racionalidad económica centrada en la acumulación privada de capital (ya de por sí parcial) hacia posiciones aún más estrechas de rentabilidad financiera cortoplacista. El objetivo de enriquecimiento pasa muchas veces por dejar de orientar productivamente la actividad económica, entrando en una suerte de “economía de casino” donde la hábil reventa de activos en proceso de rápida revalorización se convierte en el camino más corto para la maximización de beneficios.

En tercer lugar, *las finanzas abandonan sus funciones dentro del sistema económico*. En efecto, una idea importante que conviene resaltar es que, de la mano de la financiarización, el dinero y las finanzas ven alteradas las funciones tradicionales que venían desempeñando y que son imprescindibles para una satisfactoria reproducción del capitalismo. El dinero ha estado presente de manera continua y creciente en la historia del capitalismo y sus funciones han consistido en servir como unidad de medida, medio de cambio y reserva de valor

(tratando así de asegurar el futuro por medio de la acumulación de la riqueza). Para realizar esas funciones las plasmaciones monetarias han ido evolucionando, haciéndose cada vez más complejas: han aparecido nuevas variantes de dinero, productos, títulos y mercados financieros. Estos últimos deberían permitir la coordinación en el tiempo de las decisiones de los distintos agentes económicos, poniendo en relación la capacidad de ahorro de unos con las necesidades de financiación de otros.

Antiguamente se pensaba que para que todo funcionara se hacía necesario que el conjunto del dinero estuviera respaldado por la existencia de un determinado conjunto de bienes. Inicialmente, la masa monetaria se vinculó de esta forma a existencias de oro, plata y otros metales preciosos. Posteriormente, se descubrió que esto no era necesario y que era posible emitir dinero con el respaldo de un compromiso de pago futuro. El Estado emite dinero legal (papeles billete y monedas) asumiendo la obligación de que esos títulos que ha emitido representarán un valor realizable en los mercados. Los bancos, a su vez, toman el dinero de los depósitos que ingresan sus clientes y conceden con ellos préstamos para que otros compren los bienes que necesitan para desarrollar una actividad o para su consumo. Se crea así el llamado “dinero bancario”, con la garantía de que el Estado actúa como prestamista de última instancia.

Pero hoy día la creación de dinero se extiende más allá del ámbito de la banca y del Estado. Muchas empresas son capaces de emitir pasivos que suplen las funciones del dinero. Así, por ejemplo, las acciones emitidas por las empresas pueden servir como depósito de valor y como medio de pago con el que comprar otras empresas o retribuir a sus directivos.⁶ De manera que hoy el dinero se emite mayoritariamente como deuda, y en una cuantía tal, que nadie –ni siquiera el Estado o un conjunto de Estados actuando coordinadamente– puedan garantizar el respaldo de un compromiso de pago futuro. “Esto último –sostiene oportunamente Razeto– es lo que ha fallado, en proporciones gigantescas, en las últimas décadas. A través de los derivados de crédito, contratos a futuro, etc., el monto total de las deudas se ha incrementado exponencialmente. Solo un dato para ilustrarlo: el total de las deudas (dinero) vigentes en la economía de EEUU (incluidas las deudas públicas y privadas, los bonos, hipotecas, déficit público, etc.) es actualmente 300 veces el producto interior bruto de EEUU. Trescientas veces es demasiado para que se pueda seguir confiando en que el dinero “vale”. El respaldo del dinero creado como crédito es una porción ínfima del valor atribuido al dinero”.⁷ Cuando esto ocurre el dinero deja de ser una unidad de medida confia-

⁶ Esta nueva modalidad de dinero emitido por entidades privadas la denomina Naredo “dinero financiero”. Véase J. M. Naredo, “El decálogo de la globalización financiera”, *Le Monde Diplomatique*, edición en español, febrero de 2000; también, recientemente, en las páginas del diario *Público*)

⁷ L. Razeto, “Un análisis alternativo de la actual crisis económica global y sus vías de superación”, *Polis*, n° 21, 2008. Se puede acceder a este artículo en la página web de la revista: <http://www.revistapolis.cl>

ble,⁸ un medio para acumular riqueza y reservar valor y tampoco sirve para la coordinación intertemporal de las decisiones (dado que ni ahorradores ni inversores saben lo que tienen en cada momento).

De la mano de la financiarización, el dinero y las finanzas ven alteradas las funciones tradicionales que venían desempeñando y que son imprescindibles para una satisfactoria reproducción del capitalismo

Nos encontramos, por tanto, con una primera consecuencia de la financiarización relacionada con la distorsión que ocasiona en las funciones que debe desempeñar el dinero y el sistema financiero: éste deja de poner eficientemente los recursos líquidos del sistema al servicio de las oportunidades de inversión, para concentrarse en objetivos desligados y autónomos. Pero no es la única distorsión. Señalaremos, a modo de enunciado, otras tres importantes consecuencias. En primer lugar, y en la medida en que la capacidad de emitir dinero no corresponde en exclusiva al Estado sino que es compartida con entidades privadas, el sistema financiero se convierte en un instrumento potentísimo de *reajuste de la propiedad y el control del capital* entre los grupos que concentran el poder económico.⁹ En segundo lugar, la economía financiera se convierte en una pieza clave en relación al *reparto del poder de compra entre economías nacionales y grupos sociales* vinculados al proceso de financiarización, reforzando la polarización social y la presión sobre los escasos recursos naturales del planeta. Estos estratos adquisitivos tienen la palanca ideal para forzar la puerta de acceso a los recursos naturales que garantizan sus insostenibles estilos de vida a costa de un agravamiento de la crisis socioecológica.

Esta traslación termina por socavar los fundamentos del funcionamiento del propio sistema capitalista, originando además las famosas “burbujas”, fuente de inestabilidades y colapso del sistema financiero. Tal vez el ejemplo más claro de lo anterior sea la aparición de un modelo financiero de gestión empresarial que convulsiona las relaciones de poder en el seno de la empresa y trastoca la prioridad de las principales metas empresariales que, al quedar circunscritas al objetivo de creación de valor para el accionista en los mercados bursátiles, se alejan de aquellas otras vinculadas a la tasa de ganancia, la cuota de mercado, la inversión productiva o las estrategias de largo plazo.¹⁰

⁸ “Imaginemos: ¿Qué pasaría en la construcción de un edificio, de una catedral, de un castillo, si el metro que usamos para medir, un día mide 80 centímetros, el día siguiente mide 110, luego sólo 90, y nadie sabe realmente ni puede confiar en el metro que utiliza cada día?”, se pregunta Razeto, *op cit.*

⁹ Aspectos que se desarrollan con mayor detenimiento en el artículo de Óscar Carpintero de este mismo Especial: “Burbuja financiera y deterioro ecológico: la necesidad de un cambio de modelo”.

¹⁰ Un análisis en profundidad en el capítulo 4, “Financiarización”, del tomo I del libro de Á. Martínez González-Tablas, *Economía política mundial*, Ariel, Barcelona, 2007.

La globalización capitalista es una realidad asentada

Ha pasado un largo tiempo desde los primeros balbuceos del mercado de eurodólares, los incipientes flujos internacionales de capitales, el nacimiento de las grandes plazas financieras mundiales, los nuevos mercados de divisas, la configuración de los nuevos productos y operadores financieros, la progresiva aceleración de la transnacionalización productiva. Hoy la globalización ofrece una capilaridad dispuesta a trasladar “espontáneamente” (sin intervención pública) al espacio mundial cualquier proceso significativo que acontezca en el sistema económico capitalista, tanto más rápidamente cuanto más fluida y líquida sea su naturaleza. No actúa e irradia de forma puntual, lo hace de forma sistemática. Para lo bueno y lo malo, a comienzos del siglo XXI, los principales procesos económicos tienen una dimensión mundial, al margen de la voluntad de los agentes.

Funcionamiento de la crisis

La dinámica capitalista exige que una parte del excedente se reinvierta para que la economía pueda continuar por una senda de expansión, lo que implica que es preciso encontrar ámbitos por donde expandirse para absorber ese volumen de excedente. Pues bien, hemos visto cómo el modo de absorber los excedentes de capital se ha ido haciendo cada vez más problemático con el paso del tiempo. Ello ha conducido a que una parte cada vez más pequeña de ese excedente vaya a parar a la producción real, orientándose el grueso a alimentar la exuberancia de unos mercados financieros cada vez más complejos y autónomos. El sector inmobiliario se ha convertido también en los últimos años en un emplazamiento primordial para la absorción del excedente capitalista. La conexión de lo inmobiliario con lo financiero mediante la conversión de las hipotecas en activos a través de los procesos de titulización, ha hecho que la burbuja inmobiliaria deba entenderse en continuidad con la sucesión de esas burbujas de precios de activos que han estado presentes en la economía desde mediados de los noventa.¹¹

La apariencia de las cosas apunta hacia problemas de origen financiero. Por esta razón empezaremos por describir la secuencia del colapso ocasionado en las finanzas. El proceso de una crisis financiera se puede exponer con relativa sencillez debido a que las crisis, desgraciadamente, ocurren con cierta periodicidad en el funcionamiento del capitalismo, especialmente en su plano internacional donde el rasgo característico es la inseguridad en las finanzas. Como veremos más adelante, resulta incomparablemente más difícil explicar

¹¹ Una exposición pormenorizada, a la vez que accesible y rigurosa, de los mecanismos a través de los que se ha creado y expandido la crisis financiera se puede consultar en el libro de J. Torres (con la colaboración de A. Garzón), *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla*, Attac, 2009. Se puede descargar en: <http://www.rebellion.org/>

las causas que subyacen a las manifestaciones de la crisis y formular las alternativas que nos puedan sacar de la situación actual e impedir su reproducción en el futuro.

La vulnerabilidad e inseguridad del sistema financiero es una consecuencia de lo volátil y artificioso que resulta su funcionamiento. Los bancos y las demás instituciones financieras tienen unos activos mucho mayores que su propio capital, de manera que la pérdida de valor de una pequeña parte de sus créditos amenaza su supervivencia. Es lo que ha ocurrido a raíz de la explosión de la burbuja inmobiliaria que, al provocar grandes pérdidas a quienes habían adquirido activos hipotecarios, u otros títulos que llevaban “empaquetados” en su interior esas hipotecas, ha dejado a las instituciones financieras demasiado endeudadas y con poco capital para proporcionar el crédito que la economía precisa para su funcionamiento ordinario. Cuando se producen esas pérdidas, a una institución no le queda más opción que vender otra parte de sus activos para recuperar la liquidez necesaria para mantener su capital y pagar los fondos que adeuda.

Pero el problema adquiere una dimensión global para todo el sistema cuando el fenómeno se generaliza al entrar en escena el deterioro de las expectativas. Al extenderse la inquietud entre las instituciones y los inversores financieros, se incrementa de manera considerable la cantidad de activos que se ponen a la venta, lo que provoca una caída general de sus precios. Esto, a su vez, fuerza a los inversores a vender todavía más activos, conduciendo finalmente a un hundimiento del valor de los mismos. La ola de ventas se produce en el mercado de manera mucho más rápida que la oleada inicial de compras, lo que reduce a la postre el crédito disponible de las empresas que actúan en la economía “real” que, al precisar de la renovación del crédito bancario para financiar sus operaciones, ven comprometida también la continuidad de su actividad no financiera.

El colapso financiero amenaza entonces con ahogar al conjunto de la economía. El deterioro de los indicadores –de producción, de ventas y de consumo– empieza a ser evidente y, desde el punto de vista social, las consecuencias son catastróficas: las restricciones de liquidez y el debilitamiento de la demanda provocan en las empresas ajustes y cierres, y en la sociedad, despidos y paro. El riesgo de llegar a esta situación es lo que obliga a Gobiernos y a bancos centrales a intervenir, proporcionando la liquidez necesaria para que los bancos sobrevivan y las empresas mantengan la actividad económica. En este punto las intervenciones públicas son de sobra conocidas y han venido,

La vulnerabilidad e inseguridad del sistema financiero es una consecuencia de lo volátil y artificioso que resulta su funcionamiento

esta vez, de la mano de nacionalizaciones parciales y temporales de la banca, compra de activos o avales a sus deudas.

Este proceso de titulización de las deudas financieras originarias, estructuración de paquetes, connivencia de las agencias de *rating*, opacidad de las situaciones resultantes, tolerancia de las administraciones públicas ha sido práctica común en las economías desarrolladas, tanto más cuanto más sofisticados y “modernos” son sus sistemas financieros nacionales. Sin la globalización estas prácticas podrían haber quedado circunscritas al interior de las economías en que se originaron; pero la globalización existe, y además como una realidad bien asentada, por lo que la propagación a través de los circuitos normales ha resultado inevitable, con la aportación adicional que proporciona la existencia de unos paraísos fiscales tan retóricamente denostados como profundamente consentidos.

Tratamiento de la crisis por los poderes públicos

Empecemos por algunas constataciones elementales. Primera, las instituciones ni se clonan ni se improvisan y en un momento histórico dado se tiene lo que se tiene y, a veces, cuando se necesita algo distinto, sencillamente no se está en condiciones de disponer de ello. Segunda, los grupos sociales y los intereses subyacentes ni se esfuman ni aparecen de súbito; los que han construido el *statu quo* siguen existiendo y, por graves que hayan sido sus errores y las consecuencias de ellos derivadas, no dejarán expedito el campo, de la misma forma que la acumulación de fuerzas sociales, que se necesita para romper el espinazo del orden establecido, no surgirá por generación espontánea.

A partir de aquí, si queremos hacer una sinopsis caracterizadora de las intervenciones hay que diferenciar los planos interno e internacional. En los ámbitos internos se ha insuflado dinero con intención, pero sin diseño ni control. A corto plazo, en muchos casos, se han inyectado recursos a los artífices o cómplices de la crisis sin ni siquiera saber si, en el fondo, el problema era de liquidez. Muchas preguntas siguen abiertas, ¿por qué no se trasladan las inyecciones de liquidez hacia la economía real? ¿Qué medidas concretas se pueden tomar ante esa realidad? ¿Cómo interpretar la atropellada secuencia de planes sucesivos? Constatamos que se vuelve a hablar de banca pública, pero ante el espectáculo de las Cajas de Ahorros en el caso español, hay que insistir en la elemental pregunta de ¿para qué propósito?

En el espacio internacional/mundial, la confusión es aún mayor. Es cierto que hay un enunciado indeterminado (y más o menos creíble) de intenciones, frente al que difícilmente se puede estar en desacuerdo. Es el caso de las manifestaciones extraíbles de la declaración del G-20: “una crisis global exige una solución global”, “la recuperación debe centrarse

en las necesidades y los puestos de trabajo”, “debe reflejar los intereses no sólo de la población actual sino también de las generaciones futuras”, “una regulación eficaz e instituciones globales fuertes”, “criterios estrictos consensuados internacionalmente”, “la época del secreto bancario se ha terminado”, “normas contables mundiales de alta calidad”, “mejor supervisión estratégica y toma de decisiones”, “un nuevo consenso global sobre los valores esenciales y los principios que fomentarán una actividad económica sostenible”, “reconocemos nuestra responsabilidad colectiva para mitigar el impacto social de la crisis y minimizar los daños a largo plazo que pueda sufrir el mundo”, “construir una recuperación inclusiva, ecológica y sostenible”. ¿Hay quién dé más?

Pero todo parece estar demasiado en el aire. ¿Qué concreción y credibilidad tiene un FMI intocado y, simultáneamente, renacido? ¿En qué va a consistir realmente el Consejo de Estabilidad Financiera? ¿En qué línea se orienta la supervisión financiera propugnada por la UE?

Frente a las palabras, se comprueba en los hechos la impotencia reguladora, porque en el terreno financiero se aportan nuevos fondos pero sin un replanteamiento serio de los criterios de asignación de los mismos y, a su lado, en el plano del esfuerzo fiscal es manifiesta la incapacidad para llevar a cabo una acción coordinada, algo que parecería imprescindible en una economía significativamente mundializada.

Problemas que plantea la crisis

Los problemas se manifiestan en múltiples planos (ecológico, social, económico) y con tiempos diferenciados (en función de la urgencia y la profundidad), pero unos y otros están necesitados de articulación al resultar imposible abordarlos adecuadamente de forma estanca. Para aumentar la dificultad, estamos ante una problemática que adquiere rasgos propios en los distintos países.¹²

A corto plazo, el desafío se sitúa en el comportamiento económico y en el impacto social. El objetivo inmediato es lograr la recuperación, pero ¿pueden ser eficaces las aportaciones de liquidez si no se sabe lo que se combate, ya que el propio FMI pasa en pocos meses de estimar la cuantía de los activos tóxicos en un billón de dólares a ascenderlo a cuatro billones?¹³ ¿Hasta qué punto aciertan quienes argumentan que no estamos ante un problema

¹² En el caso español, por ejemplo, requiere la difícil gestión de la pertenencia a un área monetaria heterogénea que condiciona los mecanismos de ajuste, y la necesidad de construir otro modelo de producción y consumo, que, para llegar a materializarse, requerirá políticas de estado y comportará, en todo caso, inevitablemente sacrificios y tiempo.

¹³ *El País*, 8 de abril de 2009.

de liquidez global?¹⁴ ¿Los desmesurados esfuerzos fiscales resultan operativos si no se normalizan previa o simultáneamente los sistemas financieros, con independencia de que no sólo se trata de aumentar el gasto público sino de definir también su composición? ¿Resultará efectivo el apoyo anunciado a los países subdesarrollados y emergentes, si el FMI encargado de canalizarlo no se replantea previamente los criterios para hacerlo?

A medio plazo, surgen otros problemas. ¿Cómo lograr que el sistema financiero vuelva a desempeñar sus funciones genuinas? ¿Cómo establecer una lógica financiera al servicio del capital productivo? ¿Qué regulación cabe aplicar a los nuevos productos y agentes del ámbito financiero? ¿Qué estructuras institucionales pueden responder al propósito de una sociedad que pretenda domeñar la lógica del sistema económico y cómo se podrán materializar en los Estados y en el espacio mundial? ¿Cómo afrontar las consecuencias de la liquidez soterrada y del endeudamiento público cuando imponen restricciones al margen del juego de todos los agentes (empresas, economías domésticas y administraciones públicas) y a las relaciones económicas de los países con el exterior? ¿Qué implicaciones se derivan de la modificación de la correlación de fuerzas entre los Estados y de la recomposición del conjunto del entramado internacional? ¿El tránsito indeterminado de hegemonía llevará consigo riesgos de fricciones político-militares?

A largo plazo, la dimensión medioambiental no se va a poder soslayar más, mostrándose cada vez más presente –por acción u omisión– en la salida de la crisis: ¿qué margen y sentido tiene un keynesianismo verde?¹⁵ ¿Tiene suficiente entraña pragmática el ecologismo que asume que la calidad de vida pasa por el crecimiento selectivo e incluso por el decrecimiento? ¿Qué condiciones tienen que darse para que predominen uno u otro? ¿Qué implicaciones se derivan de lo que a la postre se imponga en términos de insostenibilidad medioambiental, contradicciones sociales, conflictos políticos, lógica sistémica?

Una *respuesta* coherente a los problemas planteados exige la capacidad de formular iniciativas que persigan mejorar un aspecto sin descuidar y agravar los otros. La forma en que se pueda articular la resolución de las diferentes problemáticas en el corto, medio y largo plazo es crucial, pues entre los objetivos que se lleguen a plantear es normal que surjan fricciones, cuando no serias contradicciones e incompatibilidades. A ello se suma, la tensión que siempre existe entre lo urgente y lo necesario.

En el intento de esbozo de algunos lineamientos (y, en la medida de lo posible, de algunas respuestas) es fundamental no perder de vista el diagnóstico. Si detrás de la crisis hay

¹⁴ Jurgen Stark, consejero del Banco Central Europeo aseguraba en el diario *El País* 8 de abril de 2009, que en la reciente reunión del G-20 “no se analizó si hay o no una necesidad de liquidez global”, por lo que esas medidas “son como tirar dinero desde un helicóptero por todo el mundo”.

¹⁵ Véase la línea apuntada por Giddens, “Recesión, cambio climático y planificación”, *El País*, 3 de abril de 2009.

un descontrol del gobierno de la economía por las fuerzas del mercado y un funcionamiento de las finanzas profundamente perturbador, el *objetivo básico* e irrenunciable debe consistir en poner el subsistema financiero al servicio de la buena reproducción del sistema económico y colocar a este, a su vez, bajo la dirección y el control de una sociedad democráticamente constituida. Aunque a partir de aquí sea mucha la letra pequeña, y crucial su importancia, caben precisiones adicionales que pueden ser enunciadas en términos afirmativos y negativos.

Una respuesta coherente a los problemas planteados exige la capacidad de formular iniciativas que persigan mejorar un aspecto sin descuidar y agravar los otros

Para conseguir ese objetivo fundamental resulta imprescindible afrontar diversos aspectos: primero, establecer en el ámbito de los Estados mecanismos que faciliten transparencia y control sobre los operadores y los productos financieros que, por su entidad, tienen una capacidad desestabilizadora; segundo, construir –a partir de los planes de rescate y recapitalización– un sector público financiero (y no simplemente una banca pública) que actúe con propósitos y criterios bien definidos; tercero, dotar a la UE de unas instituciones políticas democráticas que sean capaces de dirigir y controlar los procesos económicos, superando el déficit institucional endémico que se arrastra desde su constitución y que se ha visto agravado en los pasos integradores y en las ampliaciones sucesivas; finalmente, elevar una arquitectura financiera internacional, capaz de regular los flujos internacionales de capital y poner barreras eficaces a los movimientos especulativos y a los paraísos fiscales, a través de una estructura organizativa con competencias proporcionadas y procesos de decisión democráticos que ayuden a transmutar la globalización económica realmente existente en una mundialización inclusiva y diversa, pero sin caer en el embeleso de tomar “soluciones *slogan*”, del tipo “un gobierno mundial democrático”, carentes de virtualidad operativa.

También hay que ser plenamente conscientes de que hay respuestas que en realidad son salidas en falso o vías muertas. Lo es, por ejemplo, insuflar recursos en instituciones cuya trayectoria de funcionamiento es manifiestamente criticable, sin replantear los criterios de asignación; aportar recursos a instituciones financieras (o a inversores) que han sido responsables de la crisis por su comportamiento inadecuado, sin adquirir el grado de control pertinente de dichas instituciones. En suma, representa una salida en falso socializar pérdidas, obligando a la ciudadanía a pagar el coste de los rescates vía impuestos, inflación, desempleo o lastrando a medio y largo plazo a la propia economía con un conjunto de restricciones que ahora se están inoculando en su seno.

Reflexiones conclusivas sobre la gestión de la crisis: opciones y escenarios

Nos enfrentamos a un desafío desmesurado y cargado de incertidumbres, dado que desconocemos los perfiles concretos de las contradicciones, las fuerzas sociales, los itinerarios y los escenarios hacia los que nos encaminamos.

Lo poco que podemos afirmar es que si se reincide en una profundización del neoliberalismo, o simplemente en un tratamiento lampedusiano que suponga la continuidad sustancial del orden de las últimas décadas, la salida de la crisis será corta, más aparente que real y la recaída abocará a convulsiones de mayor hondura.

Queda por transitar la franja que se extiende entre un *reformismo radical y complejo del capitalismo* y la *búsqueda de un desarrollo alternativo* que, sin pretensiones de que pueda quedar plenamente definido, impulse a ponernos a reflexionar acerca de qué sujetos sociales, principios inspiradores, lógicas económicas y tipos de regulación, entramados institucionales y estrategias pueden facilitar el tránsito y la adaptación a un nuevo contexto.¹⁶

No tiene sentido hacer pronósticos cerrados. El juego está abierto y lo que resulte dependerá, como siempre de la historia, de cómo nos comportemos los actores y de cómo se vayan decantando los procesos económicos, sociales y ecológicos.

¹⁶ Para más detalles se puede consultar el capítulo 4, "Fundamentos de un desarrollo alternativo", del libro de Á. Martínez González-Tablas: *Economía política mundial II. Pugna e incertidumbre en la economía mundial*, Ariel, Barcelona, 2007.